

BASILICA PONTIFICIA DE SAN MIGUEL



Suplemento mensual

NOVIEMBRE DE 2017

ORAR POR LOS VIVOS Y LOS DIFUNTOS

Extractos del Ángelus del Papa Francisco

Entre ayer y hoy muchos visitan el cementerio, que, como dice esta misma palabra, es el «lugar del descanso» en espera del despertar final. Es hermoso pensar que será Jesús mismo quien nos despierte. Jesús mismo reveló que la muerte del cuerpo es como un sueño del cual Él nos despierta. Con esta fe nos detenemos —también espiritualmente— ante las tumbas de nuestros seres queridos, de cuantos nos quisieron y nos hicieron bien. Pero hoy estamos llamados a recordar a todos, incluso a aquellos a quien nadie recuerda. Recordamos a las víctimas de las guerras y de la violencia; a tantos «pequeños» del mundo abrumados por el hambre y la miseria; recordamos a los anónimos, que descansan en el osario común. Recordamos a los hermanos y a las hermanas asesinados por ser cristianos; y a cuantos sacrificaron su vida para servir a los demás. Encomendamos especialmente al Señor a cuantos nos dejaron durante este último año.

La tradición de la Iglesia siempre ha exhortado a rezar por los difuntos, en



particular ofreciendo por ellos la celebración eucarística: es la mejor ayuda espiritual que podemos dar a sus almas, especialmente a las más abandonadas. El fundamento de la oración de sufragio

se encuentra en la comunión del Cuerpo místico. Como afirma el Concilio Vaticano II, «la Iglesia de los viadores, teniendo perfecta conciencia de la comunión que reina en todo el Cuerpo místico de Jesucristo, ya desde los primeros tiempos de la religión cristiana guardó con gran piedad la memoria de los difuntos» (*Lumen gentium*, 50).

El recuerdo de los difuntos, el cuidado de los sepulcros y los sufragios son testimonios de confiada esperanza, arraigada en la certeza de que la muerte no es la última palabra sobre la suerte humana, puesto que el hombre está destinado a una vida sin límites, cuya raíz y realización están en Dios.

A Dios le dirigimos esta oración: «Dios de infinita misericordia, encomendamos a tu inmensa bondad a cuantos dejaron este mundo por la eternidad, en la que tú esperas a toda la humani-

dad redimida por la sangre preciosa de Cristo, tu Hijo, muerto en rescate por nuestros pecados. No tengas en cuenta, Señor, las numerosas pobreza, miserias y debilidades humanas cuando nos presentemos ante tu tribunal a fin de ser juzgados para la felicidad o para la condena. Dirige a nosotros tu mirada piadosa, que nace de la ternura de tu corazón, y ayúdanos a caminar por la senda de una completa purificación. Que no se pierda ninguno de tus hijos en el fuego eterno del infierno, en donde no puede haber arrepentimiento. Te encomendamos, Señor, las almas de nuestros seres queridos, de las personas que murieron sin el consuelo sacramental o no tuvieron ocasión de arrepentirse ni siquiera al final de su vida. Que nadie tema encontrarse contigo después de la peregrinación terrena, con la esperanza de ser acogido en los brazos de tu infinita misericordia. Que la herma-

na muerte corporal nos encuentre vigilantes en la oración y cargados con todo el bien que hicimos durante nuestra breve o larga existencia. Señor, que nada nos aleje de ti en esta tierra, sino que todo y todos nos sostengan en el ardiente deseo de descansar serena y eternamente en ti. Amén» *(Padre Antonio Rungi, pasionista, Oración por los difuntos).*

Con esta fe en el destino supremo del hombre, nos dirigimos ahora a la Virgen, que padeció al pie de la cruz el drama de la muerte de Cristo y después participó en la alegría de su resurrección. Que ella, Puerta del cielo, nos ayude a comprender cada vez más el valor de la oración de sufragio por los difuntos. Ellos están cerca de nosotros. Que nos sostenga en la peregrinación diaria en la tierra y nos ayude a no perder jamás de vista la meta última de la vida, que es el paraíso (2.XI.2014). ■

Que es el Purgatorio

Del Catecismo de la Iglesia Católica

1030 Los que mueren en la gracia y en la amistad de Dios, pero imperfectamente purificados, aunque están seguros de su eterna salvación, sufren después de su muerte una purificación, a fin de obtener la santidad necesaria para entrar en la alegría del cielo.

1031 La Iglesia llama purgatorio a esta purificación final de los elegidos que es completamente distinta del castigo de los condenados. La Iglesia ha formulado la doctrina de la fe relativa al purgatorio sobre todo en los Concilios de Florencia (cf. DS 1304) y de Trento (cf. DS 1820; 1580). La tradición de la Iglesia, haciendo referencia a ciertos textos de la Escritura (por ejemplo 1 Co 3, 15; 1 P 1, 7) habla de un fuego purificador.

1032 Esta enseñanza se apoya también en la práctica de la oración por los difuntos, de la que ya habla la Escritura: "Por eso mandó (Judas Macabeo) hacer este sacrificio expiatorio en favor de los muertos, para que quedaran liberados del pecado" (2 M 12, 46). Desde los primeros tiempos, la Iglesia ha honrado la memoria de los difuntos y ha ofrecido sufragios en su favor, en particular el sacrificio eucarístico (cf. DS 856), para que, una vez purificados, puedan llegar a la visión beatífica de Dios. La Iglesia también recomienda las limosnas, las indulgencias y las obras de penitencia en favor de los difuntos.

No hemos sido creados para la muerte

Entrevista con el dueño de una funeraria.

(Tomado de la web www.opusdei.org del 2 de noviembre de 2008).

Joan Santigosa trabaja en la funeraria de Badalona desde muy joven, cuando ayudaba a su padre. Actualmente es padre de seis hijos y continúa realizando su trabajo, del que se siente muy orgulloso. Desde hace unos cuantos años busca poner en práctica las enseñanzas de San Josemaría, ofreciendo a Dios su trabajo y buscando la manera de acercar muchas personas a Él.

Con una sonrisa comenta: me encanta mi trabajo, y además, ¡puedo ayudar tanto a la gente! Después añade que, cuando puede, procura lanzar un cable a los parientes del difunto, para ver si quieren hablar de Dios y del más allá. Normalmente les digo: no sé como lo veis, pero la gente que tiene fe, este dolor de estómago lo sufre de otra manera. Y relata una anécdota: una vez, después de hacer estas consideraciones, le dije a una señora que lloraba la muerte de su marido: 'piensa en el aceite de ricino que tomábamos cuando éramos pequeños: si te lo tragas de golpe, ya se ha acabado'. Cuando nos vemos me lo dice: '¡Joan, cuánta razón tenías!'

¿En tu trabajo cómo puedes transmitir la virtud de la alegría cristiana?

Soy feliz, feliz en el despacho, y no porque todo sea perfecto: como en todos los trabajos, hay momentos mejores y peores. En todo caso, es un trabajo bonito. Cuando tengo que contratar a un nuevo trabajador, le digo que esto de la funeraria tiene sus ventajas: 'vas bien vestido con traje y corbata, y además puedes conducir un mercedes gigante'.

Naturalmente, trato con personas que se encuentran en contacto con la muerte. Cuando son cristianos, eso se ve, porque reaccionan con serenidad y paz. El sentimiento de dolor les resulta igual-



mente inevitable, pero es muy diferente del nerviosismo y de los lloros desmesurados: la muerte para un cristiano es una realidad triste y dulce al mismo tiempo. Conozco a una señora que cada vez que me ve empieza a reír: 'me acuerdo de aquel día y no puedo parar de reír'. Estaba velando un difunto, junto a otras señoras. No dejaban de llorar: lloros y más lloros. Cuando estaba a punto de irme, me pidieron que por favor no me fuese porque tenían miedo de quedarse solas. Esta era una de las causas de sus males.

Decidí quedarme y les conté un chiste sobre entierros: empezaron a reír sin parar. Sirvió para distraerlas de la situación y pasaron toda la noche velando al difunto. Muchas veces, para quitarle hierro a la situación, basta cambiar de tema, mostrar la perspectiva trascendente de la muerte y salir del presente más inmediato con buen humor.

De todas maneras, no es una profesión muy agradecida humanamente...

La gente nos da las gracias por los servicios recibidos en la funeraria. Una familia, que al principio mostraba un trato más bien frío, después del funeral me llamó diciendo que se habían sentido muy bien acogidos y que estaban contentísimos.

Porque tengo muy claro que lo importante son las personas y que en estas circunstancias hay que mimarlas. En el fondo es una obra de misericordia: enterrar a los muertos. Cuando llega alguna familia que no tiene medios económicos porque ha sucedido todo de repente, o porque era un pariente muy joven... les ofrecemos la posibilidad de pagar más adelante e incluso, en algunos casos, les digo: tranquilos, eso ya se arreglará; ya está. ¿Ya está?, preguntan. Sí, sí, nada más. Y si me lo agradecen, siempre añado: no me deben dar las gracias, simplemente cumplo con mi trabajo. La verdad es que se puede ayudar mucho a la gente.

¿Y cómo lo haces para santificar tu trabajo?

Uno puede pensar que el hecho de estar en contacto con difuntos facilita tener el pensamiento en el más allá. En cierta medida es verdad, pero también el hombre se acostumbra a todo. Normalmente intento rezar por el difunto y por los familiares. Hace poco asistí al entierro de un delincuente. Pedí al Señor que le perdonase. Pero también procuro tener presente que Dios me mira cuando estoy en mi despacho: tengo una imagen de la Virgen María y la miro de vez en cuando. Después, cuando hago números —no sólo encargamos ataúdes—, cada vez que escribo un punto digo una jaculatoria (una jaculatoria es una frase bonita, de amor, dirigida a Dios o a su Madre). Pero lo más importante es trabajar lo mejor que uno puede y con una intención recta de hacer el bien, de servir a los demás: para ofrecer a Dios Nuestro Señor el trabajo, debe estar muy bien hecho y acabado, y eso a veces implica mucha exigencia personal.



¿Piensas en el día de tu muerte? ¿Tu trabajo te ayuda a recapacitar?

Pido a Dios que me dé vida y le digo: cuando Tú quieras. Hay gente que tiene miedo de pensar en la muerte. Yo recomiendo a mis hijos que ofrezcan sus hijos a Dios Nuestro Señor. Es lo que hicimos mi mujer y yo: Señor, le dijimos, Tú me los das y yo los educaré para que sean lo que Tú quieras. Si después se los lleva, Él sabe más. En cambio, no tiene sentido cerrarse a los designios de Dios. Un día, se me acercó una señora y me dijo: 'quiero hablar con usted. Tengo un nicho en el cementerio. Cada semana lo limpio: ¿quién lo hará cuando yo me muera?' Entonces le contesté: '¿usted no sabe que cuando uno entra en el nicho es para siempre?' Me acordé de aquella imagen que usaba San Josemaría: la soberbia se entierra 24 horas después del cuerpo.

La muerte no es una realidad para ir llorando todo el día. A menudo me encuentro con gente que es víctima del sentimentalismo: basta con leer algunas esquelas. Sin embargo, los creyentes tenemos claro que ¡no hemos sido creados para morir! Más allá de la muerte nos espera la resurrección, y el Cielo. ■

BASILICA PONTIFICIA DE SAN MIGUEL

c/ San Justo, 4. 28005 - Madrid. e-mail: info@bsmiguel.es
Teléfono: 91 548 40 11 www.bsmiguel.es

 @BasilicaSMiguel
 Basilica San Miguel